

Vida, oración y teología
en los escritos de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI

Pablo Blanco Sarto
Universidad de Navarra
pblanco@unav.es

Múnich, 1947. En la más dura posguerra. Como el centro de la ciudad –universidad incluida– se encontraba en ruinas, los profesores y estudiantes de teología tuvieron que irse a las afueras. Fürstenried, una finca que había pertenecido a la familia real bávara, era ahora un complejo con múltiples dependencias (hospital, casa de ejercicios espirituales, seminario para vocaciones tardías, escuela de magisterio), donde tenía cabida también la presencia femenina, «con lo que esta renuncia [se refiere al celibato] tenía unas manifestaciones muy prácticas», explicaba Ratzinger. ¿Se había enamorado? Joseph tenía sus dudas: se debatía además en primer lugar entre dedicarse al trabajo pastoral en una parroquia o al trabajo académico como profesor de teología. Las objeciones le asaltaban, iban y venían:

A esto se unía la duda de si iba a ser capaz de vivir el celibato, de estar soltero de por vida. La universidad estaba, por aquel entonces, medio en ruinas, por lo que no teníamos un edificio propio para la facultad de teología. [...] Aquello hacía que la convivencia –no solo entre alumnos y profesores, sino entre alumnos y alumnas– fuera muy estrecha; así que la tentación de dejarlo todo y seguir los designios del corazón era casi diaria. Solo podía pensar en estas cosas al pasear por aquellos espléndidos jardines del Fürstenried. Pero también, como es natural, al hacer largas horas de oración en la capilla.

1. Una aproximación biográfica

Cuatro años más tarde, recién ordenado sacerdote, trabajaba como joven vicario en la parroquia múniquesa de *Heilig Blut*. Tuvo allí su primera experiencia docente. Refiriéndose a las clases que impartía a los niños y jóvenes, recuerda: «De todas mis obligaciones pastorales, era lo que más tiempo me llevaba; disfrutaba mucho con aquellas clases porque enseguida comprobé que tenía facilidad para relacionarme con los niños. Fue una experiencia muy interesante para mí dejar en mundo intelectual para, de pronto, dirigirme a los niños». [...] Además de celebrar la eucaristía y predicar con fuerza, *Vater Joseph* a veces cantaba y tocaba el armonio cuando celebraban otros sacerdotes, asistía a los funerales a los que acudía en bicicleta o hacía excursiones con los niños de la parroquia. Una foto lo muestra en un lago, rodeado de niños y vestido con un elegante *clergyman*, mientras unos muchachos se bañan en el lago de *Haarsee*. Una niña todavía conserva una poesía escrita por el joven vicario, con un aire decididamente teresiano:

Solo Dios basta:

lo que el corazón ama más,

lo que quiere con ansia abrazar,

lo que quiere alcanzar,

es una chispa sin más

que una pista nos alcanza:

es él quien todo esto nos da.

Solo Dios basta

– Recuerdo de tu profesor de religión.

2. Teología y oración

[...]

3. Un papa en oración

¡Queridos amigos! En este momento no necesito presentar un programa de gobierno. [...] Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas; sino ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia.

Son palabras al inicio de su pontificado, y un encuentro mejor definición de oración que esta. En una conferencia pronunciada por el cardenal Camillo Ruini en marzo de 2009, recordaba los cuatro principales ejes del pontificado de Benedicto XVI: Dios, oración, razón y ética. La primera y mayor prioridad era Dios mismo, ese Dios que con demasiada facilidad es puesto al margen de nuestra vida, orientada al placer y al consumo, al “hacer” del cientifismo y del tecnicismo y al gozar-consumir: «El primer esfuerzo del pontificado –afirmaba Ruini– es entonces reabrir la senda a Dios, pero no haciéndose dictar la agenda por los que no creen en Dios y cuentan solamente con ellos mismos. Al contrario, la iniciativa pertenece a Dios y esta iniciativa tiene un nombre, Jesucristo». Por eso uno de los centros neurálgicos de este pontificado –según el cardenal romano– se dará en el encuentro con Jesucristo. Llegamos así –continuaba– a la segunda prioridad del pontificado: la oración. No solo la personal, sino también y sobre todo la oración “en el” y “del” pueblo de Dios y cuerpo de Cristo, es decir, la oración litúrgica de la Iglesia. [...] Podemos agregar que hoy es el centro de su pontificado».

[...] En la que es –en mi opinión– la obra de su vida [JdN], aparece un capítulo titulado «La oración de Jesús», en el que es comentado el padrenuestro. Allí nos desvela el motivo por el que Jesucristo –siendo Dios– se dirige al Padre en oración: "Puesto que ser hombre significa

esencialmente relación con Dios, está claro que incluye hablar con Dios y el escuchar a Dios". Establece, según el modelo de toda oración cristiana en la oración de Jesús, las condiciones en la que esta ha de desarrollarse: «La oración no ha de ser una exhibición ante los hombres; requiere esa discreción que es esencial a una relación de amor. [...] Esta discreción esencial de la oración no excluye la dimensión comunitaria: el mismo padrenuestro es una oración en primera persona del plural, y solo entrando a formar parte del "nosotros" de los hijos de Dios podemos traspasar los límites de este mundo y elevarnos hasta Dios». Otra forma contra la que nos pone en guardia el Señor es la palabrería, la «verborrea en la que se ahoga el Espíritu». Lo decisivo es que la oración llegue al centro de nuestra vida, de nuestro día, de nuestra existencia. Entonces será oración real:

[...] La oración nos hace fuertes y mejores; tiene que estar arraigada en la vida misma, con sus luchas, angustias y esperanzas. Y cita allí de nuevo a san Benito: *Mens nostra concordet voci nostrae*: que nuestro pensamiento sea concorde con nuestras palabras. Sin embargo, será en el volumen dedicado a la Pascua del Señor, donde son desarrolladas dos de los momentos de diálogo con el Padre mejor relatados en los evangelios: la oración sacerdotal en la última Cena y la oración en el Huerto de los olivos. En coherencia con lo que acaba de hacer (lavar los pies de sus discípulos) y con lo que va a hacer (dejarnos su Cuerpo y su Sangre, morir en la cruz), pronuncia las palabras en la última Cena donde nos entrega su testamento. Aquí la palabra se va a convertir en rito de expiación y, por medio de él, en realidad, en presencia real: «La oración sacerdotal de Jesús es la puesta en práctica del día de la Expiación, es, por decirlo así, la fiesta siempre accesible de la reconciliación de Dios con los hombres. [...] En el coloquio de Jesús con el Padre, el rito del día de la Expiación se transforma en plegaria». En Getsemaní, modelo de oración para todo cristiano, Jesús acepta la voluntad del Padre: [...]

San Agustín compara la meditación sobre los misterios de Dios a la asimilación del alimento y usa un verbo recurrente en toda la tradición cristiana: «rumiar»; los misterios de Dios deben resonar continuamente en nosotros mismos para que nos resulten familiares, guíen nuestra vida, nos nutran como sucede con el alimento necesario para sostenernos. Y san Buenaventura, refiriéndose a las palabras de la sagrada Escritura dice que «es necesario rumiarlas para que podamos fijarlas con ardiente aplicación del alma». Así pues, meditar quiere decir crear en nosotros una actitud de recogimiento, de silencio interior, para reflexionar, asimilar los misterios de nuestra fe y lo que Dios obra en nosotros; y no sólo las cosas que van y vienen.

Rumiar en presencia de Dios es considerar las cosas «en su corazón», rumiar aquello que nos desconcierta, que nos "descoloca". Esta relación personal –de tú a tú– con Dios comporta cambios para la persona. La oración nos cambia la vida: hemos de encontrar en ella sorpresas, imprevistos, cambios de planes. «De Jesús aprendemos a interpretar nuestra vida, a tomar nuestras decisiones, a reconocer y acoger nuestra vocación, a descubrir los talentos que Dios nos ha dado, a cumplir cada día su voluntad, único camino para realizar nuestra existencia».

Así hará Benedicto XVI hasta el último momento de su pontificado: renunció a seguir gobernando la Iglesia, pero no a lo que él consideraba algo prioritario: a la oración. «En este momento de mi vida», indicó el papa Ratzinger, «el Señor me llama a “subir a al monte”, a dedicarme todavía más a la oración y a la meditación. Pero esto no significa abandonar a la Iglesia, es más, si Dios me pide justamente esto es para que pueda continuar sirviéndola con la misma dedicación y el mismo amor con el que lo he hecho hasta ahora, pero de una forma más adecuada con mis fuerzas». Benedicto XVI destacó que de este pasaje del evangelio podemos aprender «la primacía de la oración, sin la cual todo

el empeño del apostolado y de la caridad se reduce a activismo». Al concluir sus palabras, el entonces casi papa emérito agradeció el sol que había salido en Roma, pues hasta hacía algunas horas el tiempo era incierto: en gran parte de la península itálica dominaba la nieve y el frío.

«Gracias, agradezcamos al Señor por este sol que nos regala».